

LAS NOVELAS DE VICENTE RIVA PALACIO: ALGUNOS DE SUS CRÍTICOS

Dra. Guadalupe García Barragán

La egregia figura del general Vicente Riva Palacio es una de las más interesantes de la historia y la literatura de México. Patriota liberal e intachable, general invicto y humanitario, escritor, historiador y periodista. Transcribamos estas líneas de Manuel Toussaint, que lo pintan de cuerpo entero:

La vida de don Vicente Riva Palacio podía formar ella sola un volumen lleno de las más variadas aventuras. Puede decirse que su propia vida tuvo más lances que la más movida de sus novelas. Su figura nos aparece como la de aquellos próceres del Renacimiento Italiano en quienes avasallaba la universalidad de actividades¹.

Pero no es su apasionante biografía la que aquí nos ocupa, sino la crítica de sus novelas, y si mencionamos la primera es porque alguno de sus estudiosos ha hecho caso omiso de la misma, consignándola como si se tratase de la más anodina y común de las existencias. Pasemos a hablar de la novelística de este excepcional personaje y autor del siglo XIX.

Apenas apagado el fuego de la guerra de intervención, en la que el mismo Riva Palacio participara, escribió la primera de sus muy luengas novelas históricas, *Calvario y Tabor*, publicada en 1868, donde plasma los sufrimientos y la bravura de héroes liberales, conocidos y anónimos, que lucharon contra la intervención francesa y que cronológicamente vivieron en orden inverso una experiencia semejante a la de Cristo: primero el doloroso Calvario de la guerra y después su Tabor, el éxtasis y la exaltación de la victoria.

Para escribir estas obras adoptó la corriente histórico-romántica, en boga desde la primera mitad de la centuria, que le daba mayor libertad para combinar hechos y personajes imaginarios con los de la historia. Con fertilísima imaginación hizo que éstos vivieran toda clase de extraordinarios episodios y aventuras, y como era acertado en dicho tipo de narrativa, al fin de cada capítulo la acción queda en tal suspenso que no permite al lector dejar el libro hasta ponerle fin. También en 1868 hizo aparecer otras dos novelas históricas, *Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza*, que como las cuatro que vendrán entre 1869 y 1872 —*Las dos emparedadas* (1869), *Los piratas del Golfo* (1869), *La vuelta de los muertos* (1870) y *Don Guillén de Lampart* (1872) — tienen lugar en la Nueva España durante los primeros siglos de la colonia, ya que sólo *Calvario y Tabor* se desarrolla durante la intervención europea. Escribir en un año tres novelas enormes y cuatro de similar extensión en los cuatro años siguientes, es una proeza que casi no podría lograrse con un plan y un estilo muy cuidados, ni dedicándolas a lectores exigentes. Algunos críticos ecuanímes, entre otros Toussaint² y

¹ Manuel Toussaint, prólogo a *Cuentos del General*, México: Editorial Cultura, col. Clásicos Mexicanos, 1929, pp. V-VI.

²*Op. cit.* “Había dos elementos en la concepción novelesca de Riva Palacio: primero, el afán de hacer novela de aventuras; segundo, el deseo de hacer novela histórica. Estos dos elementos, fácil es comprenderlo, antes de hermanarse luchan y siempre saca la peor parte la realidad histórica. [...] Buscaba, no la aprobación de los que aman las obras acrisoladas, sino el aplauso popular, como los novelistas que imitaba y que tenía que lograrse a fuerza de concesiones de estilo y de composición. A eso se debe el

Carlos González Peña³, han señalado en parte las características citadas: la disyuntiva entre crear narrativa rigurosamente histórica o de intriga, y el efectuarlo puliendo el estilo o haciendo caso omiso de él. ¿Por qué escribía Riva Palacio estas obras de modo que gustaran a muy numerosos lectores? No lo hizo por lucro ya que era acaudalado, y el dinero, aunque supo administrarlo y disfrutarlo, no fue el móvil principal de sus actos. Tampoco para alcanzar popularidad, porque su nombre y sus triunfos de guerrero arrojado y magnánimo fueron cantados y repetidos por el pueblo y la abundante prensa liberal de todo el país durante la guerra que apenas concluyera.

María del Carmen Millán, en “Tres novelistas de la Reforma”, da un primer importante paso en el conocimiento de las novelas históricas de Riva Palacio al señalar su contenido primordial: el mensaje⁴. El artículo de Millán es más bien una explicación de aquél, con recomendaciones para que el estudioso y el lector ilustrado vayan al fondo de las obras y no permanezcan en la forma.

“Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio”, de Clementina Díaz y de Ovando, presenta un interesante y completo estudio de dichas novelas y del género, así como sus diferentes objetivos. En él explicita lo que Millán esbozara y desarrolla y concluye lo mencionado por Toussaint y González Peña. Entresaco algunos de los conceptos más importantes de dicho estudio:

desaliño de su estilo y lo truculento de sus novelas. Que Riva Palacio bien podía y pudo hacer obra artística [...] está bien demostrado, a mi modo de ver con la obra que ahora se reimprime: *Los cuentos del general*.”

³Carlos González Peña, “El retorno de Riva Palacio”, *Claridad en la lejanía*, México: Stylo, 1947, pp. 134-137. Este artículo, escrito con motivo del regreso de los restos del general Riva Palacio —fallecido en España en 1990— tiene la desventaja de no mencionar su cuentística; en revanche lo señala como el iniciador de “la novela de ambiente colonial” y “no ya tan sólo de asunto colonial”, y menciona su trabajo de periodista: “Don Vicente Riva Palacio gozó en su tiempo de una inmensa popularidad. Como hombre y como escritor. Había sido un patriota y un soldado en la defensa del suelo patrio contra la invasión extranjera. Era un político inquieto, un periodista mordaz. Fue, sobre todo, un novelador entretenido. [...]”

”¿Estilo? ¿Limpieza y galas de lenguaje? ¿Observación atinada? ¿Penetración psicológica? ¿Primor en los retratos? Poco o nada significaba esto. Todo esto era lo de menos; la imaginación, la inventiva inagotable, la facilidad para desbaratar un enredo, llevando al lector de asombro en asombro y despertando su afán curioso; eso era lo esencial. Y eso lo que supo cultivar a maravilla nuestro fecundo novelista. [...]

”¿Qué sujeto tan distinto el que maneja la pluma satírica en *El Ahuizote* y el que redacta copiosos relatos novelescos! [...] en sus artículos de combate, en sus comentarios de crítica literaria y social, se pasa de zumbón.

”Prodigiosa en verdad, la actividad novelesca del general. Cuatro años le bastan para crear ese mundo novelesco que así se agita [...]

”Hay que reconocerle el evidente mérito de haber sido el creador, entre nosotros, de la novela de ambiente colonial. ¡De ambiente colonial —subrayo—, y no ya tan sólo de asunto colonial! Cuanto posteriormente se ha hecho, y, por cierto, de altísimos quilates, parte de allí. Él nos enseñó a ver lo colonial; él nos interesó en lo colonial.”

⁴María del Carmen Millán, «Tres novelistas de la Reforma», en *La Palabra y el Hombre*, núm. 4, oct. dic. 1957, pp. 53-63: “Es imposible que personajes que alcanzan tanta amplitud horizontal puedan lograr algo semejante en profundidad. [...] Pero dando gusto al público tan poco exigente que se conforma con acción y entretenimiento, Riva Palacio envuelve los datos en un verdadero torbellino: la truculencia, las aventuras increíbles, las situaciones descabelladas, el tono fácil y los personajes inconsistentes.

”Lo más importante no es hacer obra de arte sino hacer ver al público con ejemplos vivos, sus fallas; reafirmarlo en sus ideales; ponerlos en contacto con sus héroes, repasarle su historia [...] Lo importante está en el porqué de la aplicación de estos métodos y en los fines que persiguen. Así, no caigamos en el lugar común. Saltando sobre las deficiencias tratemos de entrar en estas obras para buscar su intención y sus logros.”

Este inteligentísimo liberal bien sabía que la victoria obtenida con las armas necesita la confirmación de las ideas; sólo cuando la conciencia popular hiciera suyas la justicia y la verdad de la Reforma, la aversión a cualquier clase de intolerancia, podría hablarse de victoria.

La novela histórico-romántica estaba hecha a la medida de los propósitos de Riva Palacio; [...] Esta novela era la tribuna popular ante la cual denunciaría la sin razón de los conservadores y demás aliados... toda injusticia, toda agresión a la dignidad humana (*Ibid.*, p. 53). [...] Entre los lectores populares de novelas, había un grupo que representaba un gran interés para Riva Palacio: las mujeres, que eran las más fáciles de escuchar tergiversados los principios de la reforma... (*Ibid.*, p. 55) ya que su interés, como antes se dijo, era esa clase media a la que tenía que hacerse llegar el mensaje, un transparente mensaje...⁵

El mayor número de los lectores conoce a Riva Palacio por su novelística, a la que debe su popularidad, pero también su injusto desprestigio a causa de innecesarios juicios adversos de la mayoría de los críticos, tanto extranjeros como mexicanos. No hablaré aquí de los desfavorables ni tampoco de los mal informados, como el “crítico famoso”, autor del juicio que comenta la doctora Díaz y de Ovando⁶, el cual afirma que “*Calvario y Tabor* (1868)”, la única obra romancesca del general cuya acción ocurre entre 1862 y 1867, “es la novela donde culminan las inquietudes coloniales de Riva Palacio”. Además, el título de *Monja y casada, virgen y mártir*, lo transcribe como “*Virgen, monja, casada y mártir*”⁷. Y no es el único que cita tergiversado el nombre de la primera novela de ambiente colonial de Riva Palacio.

Ya que el negativismo proviene no sólo de investigadores hostiles, trataré únicamente de dos muy prestigiados estudiosos, de quienes debería suponerse la estima a Riva Palacio: Luis Leal y Antonio Castro Leal.

El primero, sin duda la mayor autoridad sobre el cuento mexicano, casi al inicio de su artículo “Vicente Riva Palacio cuentista”, afirma:

La feliz idea de publicar estos donosos cuentos —y no otra *indigesta* [es nuestro el subrayado] novela histórica de la época colonial— le valió al general el que su nombre perdure en los anales de la literatura mexicana como uno de los mejores cuentistas del siglo XIX.⁸

El comentario y adjetivo negativos sobre la novela histórica de Riva Palacio son improcedentes, por decir lo menos. Leal ofrece en el mismo artículo la historia y muchos pormenores valiosos acerca de los varios cuentos de los que trata, pero más adelante asevera, usando comparaciones igualmente impertinentes:

⁵ *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México: UNAM, núm. 27, 1958, pp. 47-52, pp. 51 y 58.

⁶ (*Loc. cit.*, p. 57.) Díaz y de Ovando añade con graciosa ironía: “El crítico, como se ve, está enteradísimo, no pasó más allá de los títulos de las novelas y aun éstos los equivoca; a *Monja y casada, virgen y mártir* le rompe la intencionada antinomia de Riva Palacio y dice: *Virgen, monja, casada y mártir*; virgen monja siempre ha sido así. Casada y mártir..., bueno... a veces, también un poco.”

⁷ El nombre del crítico en cuestión, que la doctora Díaz y de Ovando no menciona, es Luis Alberto Sánchez: *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*. 2a. ed. corregida y aumentada, Madrid: Ed. Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1968 (Estudios y Ensayos, 11), p. 320.

⁸ Luis Leal, “Vicente Riva Palacio cuentista”, en *Revista Iberoamericana*, vol. XXII, n. 44, jul.-dic. 1957, pp. 301-309. P. de la cita, 309.

Estos cuentos coloniales de Riva Palacio son superiores a sus novelas del mismo género. [...] en los cuentos no cae en el error de querer imitar el lenguaje de los siglos XVI y XVII, característica de estilo que resta mérito a sus novelas históricas.⁹

En nuestra opinión los términos arcaicos de las obras novelescas del general contribuyen a crear un ambiente más auténtico, que no es intelectual ni pedante y tampoco obliga al lector a consultar un diccionario, ya que por el contexto puede comprenderlos bien y con facilidad. Al concluir el penúltimo párrafo de su artículo, todavía añade Luis Leal un paralelo innecesario entre cuento y novela de nuestro autor, en el que, naturalmente, la novela queda muy mal. Afirma algo cierto desde una posición de purismo literario: “Sin duda Riva Palacio, el cuentista, es superior a Riva Palacio el novelista”. Y acaba el penúltimo párrafo de su mencionado artículo con el siguiente aserto: “Por estas razones sus cuentos se seguirán leyendo, mientras que sus novelas siguen recogiendo polvo en los anaqueles de las bibliotecas”.

Aquí el crítico cometió un error al predecir el futuro. Ciertamente, los *Cuentos del general* representan una obra clásica en su género, pero sus novelas, en vez de acumular polvo en los anaqueles de las bibliotecas se siguen reeditando y leyendo tanto o más que aquéllos, no obstante sus debilidades ciertas o pretendidas. Para hacer más notable el género que tanto admira en Riva Palacio, no se justifica el que usara la novela del propio autor como ejemplo negativo de comparación.

Ahora comentaré el negativismo de Antonio Castro Leal, más sutil y acaso involuntario, pero tal vez más dañoso. Él prologó todos los libros de la ameritada Colección de Escritores Mexicanos de Editorial Porrúa, que él mismo dirigiera, así como el de *La novela del México colonial*, de Aguilar, en la colección Obras Eternas, con un texto muy semejante —a veces idéntico— en ambas ediciones.

Para lo que pretendo demostrar, he tomado como ejemplo específico *Monja y casada, virgen y mártir*, de Riva Palacio, y *La hija del judío*, de Justo Sierra O'Reilly, las dos primeras novelas históricas del autor respectivo en la citada Colección de Autores Mexicanos (CAM).

Todas las novelas históricas de Riva Palacio en la CAM son presentadas por una gélida y desabrida introducción, a la que acompaña una biografía del autor casi tan resumida como un telegrama; ocupa sólo tres cuartas partes de una página¹⁰, y el prólogo menos de dos y media. La bibliografía es correcta.

Si sólo se tratara de brevedad en longitud y en concisión, desarrollada en forma acertada e integral, habría que mencionar a Ralph E. Warner, quien en su *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*¹¹ en sólo tres páginas ofrece un excelente juicio

⁹ *Ibid.*, p. 309

¹⁰ Vicente Riva Palacio, *Monja y casada, virgen y mártir*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México: Ed. Porrúa, col. de Escritores Mexicanos, 1974, t. I, 3a. ed. Biografía, p. X.

¹¹ México, Antigua Librería Robredo, 1953 (Clásicos y Modernos, Creación y crítica Literaria, 9), pp. de las citas: 40-42. “Riva Palacio, uno de los hombres más distinguidos de la época, merece un puesto de honor en la historia de la vida literaria de México por sus *Cuentos del general* (1896). Escribió también obras poéticas y dramáticas; dirigió la publicación de *México a través de los siglos* (1887-89), del cual compuso el segundo tomo, reveló sus dotes de crítico en *Los cerros* (1882) y su habilidad de periodista y lo punzante de su sátira en *El Ahuizote*, periódico fundado por él. Con todo, su fama le viene de sus novelas, de índole esencialmente popular.[...] Entre los novelistas históricos Riva Palacio es el que mejor se documentó. [...]” Como lo prueban *Los cuentos del general*, su autor sabía emplear un estilo limpio y cuidado e igualmente habría podido desarrollar una buena técnica novelística. Pero prefirió buscar la popularidad por vía de la novela de aventura. Sus obras demuestran una inventiva asombrosa, mucho

resumido sobre Riva Palacio y su obra, consigna cualidades y limitaciones e incluye biografía y bibliografía. Si todas las introducciones a las obras de los autores de la serie de las que Castro Leal es autor tuviesen una extensión muy semejante —como acontece en algunas colecciones—, no habría nada que reprocharle. Pero es el caso que para *La hija del judío*, de Justo Sierra, padre, Castro Leal redactó un prólogo de doce páginas y media, sin contar las tres y media de la biografía del autor.¹² Refiriéndonos a sólo esta última, cabe preguntarse: ¿le parecía a Castro Leal tan mucho menos interesante la vida de Riva Palacio que la de Justo Sierra O'Reilly, que no pudo dedicarle ni siquiera una página entera? En *La novela del México colonial* la proporción de espacio es menor; la de Sierra O'Reilly comporta sólo doble número de páginas que la de Riva Palacio, que se encuentra aquí algo menos drásticamente resumida.

En nuestra opinión, el prólogo a una novela —cuyo autor fue en la vida real un personaje extraordinario y tuvo una existencia movidísima—, si incluye una biografía adecuada motiva al lector a leerla con mayor entusiasmo.

Pasemos ahora a comentar los prólogos respectivos. Naturalmente, el de *La hija del judío*, por desarrollarse en un número de páginas cinco veces mayor es, proporcionalmente, más elocuente que el de *Monja y casada, virgen y mártir*. No es posible abstenerse de emplear cifras para mostrar la desventaja con la que el prologuista trata a Riva Palacio y su obra, porque es algo objetivo. En la introducción a *La hija del judío* transcribe y comenta opiniones de ocho críticos estadounidenses y mexicanos, adjuntando citas pertinentes, sólo para lo cual le es menester usar dos páginas, ¡casi tantas como para redactar el prólogo entero a *Monja y casada*...! No pudo citar la muy elogiosa opinión de Warner acerca de Riva Palacio, pero sí transcribe la del mismo crítico que favorece a Sierra O'Reilly.

En cuanto a conceptos generales, observamos el mismo subjetivismo y falta de ecuanimidad. *La hija del judío* es “ejemplo supremo de la novela de folletín en México” y “tiene derecho a figurar entre las mejores novelas de nuestra literatura”, sin contar otras cualidades en grado superlativo que le dedica. A propósito de fidelidad a la historia en esta misma producción, declara:

¿Cuáles son las bases históricas de *La hija del judío*? Muy escasas si hemos de creer a... [...] Estas desviaciones de la historia ¿hacen desmerecer a *La hija del judío*? De ningún modo. [...] Es más bien digno de alabanza el creador literario que se aparta de la fidelidad histórica, para llegar a pintar, con pincel más persuasivo y con mayor valor de síntesis, el verdadero carácter de determinada época pasada.

Veamos ahora cómo desarrolla la misma cuestión cuando se aplica a Riva Palacio. Castro Leal parece tratar débilmente de justificarlo por las libertades que se toma con la historia; pero lo que en Sierra O'Reilly se califica con entusiasmo como «mayor mérito», en el general parece más bien un defecto:

Son históricos los elementos que utiliza, pero al ensamblarlos para componer la narración suele alejarse de la historia. Pongamos un solo ejemplo [] Se puede decir que ésta es una muestra del

movimiento, imaginación viva. Obtuvo en su tiempo una popularidad que le hizo la cabeza de los novelistas de su tiempo...”

¹² Justo Sierra O'Reilly, *La hija del judío*, México: Porrúa, 1959 (Escritores Mexicanos, 79). T. I: biografía, pp. XXI-XXIV; prólogo, pp. IX-XXI.

conflicto que, en el campo de la novela histórica ha existido siempre entre la exactitud de los acontecimientos y la imaginación creadora, en el cual no todo está a favor de la exactitud...¹³

Su prólogo a la misma obra en *La novela del México colonial*, refiriéndose igualmente a una alteración de la historia en la mencionada novela de Riva Palacio, cita incluso el título de un libro que contiene “el juicio más severo sobre el particular”:

¿Podemos condenar por esto una novela cuyo propósito es crear el ambiente de una época para escenario de personajes que —aunque lleven nombres que ocurrieron en la historia— son en realidad creaciones del autor? El juicio más severo a este respecto lo ha expresado un autor anónimo en un libro de 119 páginas intitulado *Breves observaciones sobre la moderna novela titulada “Monja y casada, virgen y mártir”*. *Aceptación de un tremendo reto* (México, 1869).¹⁴

No tenemos espacio para proseguir sobre lo mismo, pero creemos que lo expuesto prueba la parcialidad de Castro Leal. Por desgracia, este crítico, autoridad sobre la novela mexicana, fue uno de los llamados Siete Sabios de México; su inexplicable e injusto tratamiento de las novelas de Riva Palacio y su tibio concepto acerca del autor pueden haber tenido influencia negativa en conocedores y en profanos.

Afortunadamente, los estudiosos se pueden documentar hoy en día en los trabajos de Clementina Díaz y de Ovando, imprescindibles para realizar un buen estudio. Es muy loable que la Secretaría de Educación Pública haya publicado excelentes y muy económicos cuadernos de difusión popular, como la biografía de Manuel González Ramírez *Vicente Riva Palacio*,¹⁵ así como *Vicente Riva Palacio: guerrero y poeta*, de Díaz y de Ovando —trabajo ya citado en el presente estudio—. Ojalá que ambos se reediten. También sería deseable que las nuevas ediciones de las novelas del General tuvieran prólogo, y uno tan excelente como el que en 1968 escribió la misma Díaz y de Ovando para los *Cuentos del general*.¹⁶

¹³ Prólogo a *Monja y casada...* (CEM), p. VIII.

¹⁴ *La novela del México colonial*, estudio preliminar, selección, biografías, notas preliminares, bibliografía general y lista de los principales acontecimientos de la Nueva España de 1517 a 1821, por el doctor Antonio Castro Leal, Aguilar: México, col. Obras Eternas, 1964 (4a. ed., 4a. reimpr. 1991), p. 354.

¹⁵ Manuel González Ramírez, *Vicente Riva Palacio*, México: SEP, Cuadernos de Lectura Popular (La Victoria de la República), 1967.

¹⁶ México: Porrúa, 1968, col. “Sepan cuantos...”.